

ANDALUCIA

# Aquel rosál de Seisdedos que plantó Blas Infante

ANTONIO RAMOS ESPEJO

**A**LEGRIA, la hija más pequeña de Blas Infante, recuerda cuando su madre y ella cortaban las flores del rosál de Seisdedos. Luisa, que es la mayor, ermitaña y guardiana del andalucismo, saca del arcón la bandera verde y blanca de su padre. María de los Angeles me detiene junto a una puerta y dice: "Aquí fue donde mi padre dijo: 'Es la primera vez en mi vida que soy corregido y detenido'". Luis Blas, el único hijo varón, no está ni en Coria, como Luisa, ni en Sevilla, como María, ni en Lora, como Alegria. Porque Blas es emigrante en Holanda, donde otro puñado de andaluces de la emigración, con los de Frankfurt, Badalona, Baracaldo o Zurich, celebrarán este Día de Andalucía. Y esta casa de Coria, santuario del andalucismo, Blas Infante la construyó por la enfermedad de Luis Blas, que necesitaba del aire limpio. La guerra no acabó en Andalucía en 1939. A la muerte de los padres, siguieron las muertes de los hijos en esta otra guerra de la emigración que es interminable, y hasta hizo desaparecer el rosál de Seisdedos que Blas Infante plantó en su jardín.

Blas Infante había estado ante la tumba de Fermín Salvochea, el andalucista revolucionario. Sentía verdadera pasión por los santos del anarco-sindicalismo andaluz: Salvochea, Pedro Vallina (al que le dedica un canto en el Complot de Tablada), Seisdedos. Adoraba la mística de aquellos revolucionarios, como la del pacifista Francisco de Asís. El gesto de acudir a Casas Viejas y traerle para su jardín de Coria un plantón del corral de Seisdedos, revela la devoción mística del padre de la Patria Andaluza por los defensores de la causa andaluza.

"Al día siguiente de ocurrir la masacre de Casas Viejas —cuenta Luisa—, mi padre fue allí. Aquí vino alguien, representante del Gobierno, o de algún organismo, según nos decía mi madre, y creo que le dijo a mi padre: 'Usted, que es un hombre imparcial, venga a ver lo que ha pasado en Casas Viejas'. Y fue mi padre a Casas Viejas. Y de allí se trajo una pata, quemada, de la cama de Seisdedos y un plantón, que lo cogió de la misma choza, del corral, donde estaban los cadáveres calcinados. Me acuerdo yo

hasta del coche que llevaban, que metieron sillitas bajas porque no cabían todos. Mi padre plantó aquel rosál, que nosotros llamaríamos después mosqueta, en el jardín. Y después puso otro en la huerta. El mismo cogió un amocafre y lo plantó. Y floreció. Y dio rosas blancas. Recuerdo que mi padre había escrito un artículo, que no sé dónde se publicaría, ni lo hemos conseguido, que se llamaba: 'El rosál de Seisdedos'. Y decía: 'El rosál de Seisdedos no ha dado rosas rojas, ha dado rosas blancas'. Los rosales tardaron mucho tiempo en perderse. Yo creo que se helarían. La pata de la cama, carbonizada, estuvo siempre en la biblioteca mientras vivió mi madre. Después ya no sé qué pasaría..."

## "Vino horrorizado de Casas Viejas"

"El rosál —dice Alegria— estaba frente por frente a la puerta de entrada. Al lado había un jazmín. Mi madre cogía una sillita baja, porque ya se cansaba mucho, para cortar flores de la mosqueta y del jazmín. Las ponía en

una canastita de mimbre y después entrábamos las dos a colocar las flores, con las rosas de Seisdedos, en las fotografías de mi padre, que había puestas por toda la casa. Tampoco recuerdo cómo se perdió el rosál".

"Mi padre vino horrorizado de Casas Viejas", comenta Luisa. Y María dice: "Yo recuerdo que mi madre nos hablaba del rosál de Seisdedos y de que mi padre había escrito no sé si en verso o en prosa, que aquel rosál en lugar de dar flores rojas de sangre, había dado flores blancas de paz". "Y mi padre —insiste Luisa— no sabía cuando trajo el plantón si el rosál de Seisdedos daba rosas blancas o rojas, o de otro color, porque cuando llegó a Casas Viejas se lo encontró todo quemado y fue un milagro que se salvara el plantón".

## "Mi padre estaba con los que defendían a los campesinos"

—Mi padre no conocía a Seisdedos, creo yo. Pero mi padre

quería muchísimo a los campesinos andaluces. Eran su pasión. Y entonces, casi todos eran anarco-sindicalista. El hambre que esos hombres pasaban... —dice la mayor de las Infante, que es una mujer con un caudal humano impresionante.

—¿Por qué esa devoción de su padre por los anarco-sindicalistas?

—Mi padre estaba con los que defendían a los campesinos, porque veía que la verdad está en los trabajadores. Andalucía son los pueblos. Andalucía es el campo. Mi padre, a nuestra edad, no nos hablaba de política. Yo creo que mi padre era un hombre profundamente bueno, liberal, que estaba contra la mentira, viniera de donde viniera. El no podía tener partido. Donde hubiera un hombre que valiera, no tenía por qué mirarlo a través del partido al que perteneciera. Por encima de los partidos estaba su tierra.

—Por su obra, era un hombre profundamente avanzado...

—Avanzadísimo. La misma letra del himno lo canta: "Andaluces, levantaos; pedid tierra y libertad". El veía que su pueblo estaba conducido por los fascis-



Despacho de Blas Infante en su casa de Coria.





Luisa, María de los Angeles y Alegria, las tres hijas del poeta andalucista. Al fondo, sobre la puerta, el escudo de Andalucía.

tas aquéllos, y que todavía lo conducen, que compraban los votos por un plato de potaje. Por eso yo digo que el *Ideal Andaluz* fue el libro de la ilusión, y el *Complot de Tablada*, el libro del desengaño. Pero él confiaba... Su delirio eran los campesinos y los pueblos. Mi padre adoraba a su pueblo, Casares. Yo recuerdo cuando nos llevaba. ¡Qué bonito es Casares! Y se rebelaba por la situación de los campesinos. Aquí cada hombre que venía a vender espárragos o cisco, había que atenderlo. Cuando mi padre empezó a hacer esta casa, él no la proyectaría tan grande. Pero como había tanto paro en Coria, las obras no se acababan. Yo recuerdo ver aquí a mucha gente. Dormían los carpinteros, los escayolistas... todos, menos los albañiles, que eran de Coria.

## Enseñaba a sus hijos la letra del himno

—En aquella época, ¿qué recuerdos andalucistas les llamaban la atención?...

—Los lacitos con la banderita

andaluza. Recuerdo cuando se ponía a tocar el piano y nos enseñaba la letra del himno. El nos hablaba continuamente de Andalucía. Era un enamorado de su tierra. Se había recorrido los pueblos de las provincias de Málaga y Cádiz, sobre todo, y otros muchos más.

María siente especial cariño por los azulejos con los dibujos del "Quijote", que hay por toda la casa. "Así nos enseñaba él, con mucha paciencia los pasajes del 'Quijote'. La educación que nos dio ha sido para mí básica para enseñar a mis hijos. Era una educación en la confianza, ¿comprendes? El confiaba en nosotros. Mi hermano Blas era una persona muy buena. Cuando lloraba Blas todo el mundo decía, 'algo le habrá pasado al niño'. Y yo era una niña muy trasto, muy rebelde, y mi padre siempre tenía que echarme muchos quites".

Alegria sólo tenía diez meses cuando murió su padre. "Yo tengo nada más que los recuerdos que me han llegado a través de mis hermanos y de mi madre. Ella nos hablaba muchísimo y todo su afán era que viviéramos como si no notáramos su falta, haciendo muchos sacrificios...

Porque llegaban unas Navidades, y que no fueran unas Navidades tristes. Era obsesivo en ella, que no notáramos la falta de mi padre. Ella nos repetía muchas veces: 'Mira que se lo decía. Blas, vete. Blas, vete'. Y él le decía: 'Si yo no he hecho mal a nadie, por qué me tengo que ir'. Siempre nos hablaba de esas cosas. Pero, nunca nos hablaba del odio, ni de fulano, ni... Siempre para que tuviéramos una niñez lo mejor posible, dentro de la tragedia que ella en sí vivía. Porque desde luego lo que sufriría ella, para Dios y para ella se habrá quedado".

La casa hay que verla despacio, con ceremonia. Luisa la conserva como si su padre entrara y saliera por la puerta de la biblioteca, junto a un pequeño patio, donde Blas Infante se recreaba con las macetas de cintas, la planta de hojas verdes, blancas y verdes. El piano, en el pasillo. El arcón con la bandera. La decoración, que recuerda miniaturas de la Alhambra, la Mezquita, la Torre del Oro, su pasión por el mundo árabe y por el último Rey de Sevilla, Almotamid. Además del valor de los recuerdos, está la obra que vive: sus proyectos, sus escritos y sus hijos, auténticos guardianes del *Ideal Andaluz*.

## "Y se quedó callado"

"Parece que lo estoy viendo ahí, con una sahariana —dice María—, con la cabeza baja, cuando mi madre le estaba diciendo: 'Vas a traer una ruina a esta casa. ¿Quieres ya dedicarte a tu mujer, a tus hijos...?'. Como si lo estuviera viendo". Y Luisa añade: "Y se quedó callado".

—Durante tantos años pasados de silencio, ¿tenían ustedes alguna esperanza de que la figura de su padre iba a ser valorada?

—¡Hombre, sí! —contesta Luisa—. Porque mi madre siempre nos decía: 'Algún día se darán cuenta de lo que este hombre fue, de lo que hizo por Andalucía, de sus sacrificios'. Mi madre se había dado cuenta que a él no lo comprendían. Por eso le decía: 'Que vas a arruinar tu casa, tu familia'. Y así fue. Porque él podía haber vivido muy tranquilo y muy bien. Mi madre sabía que tardaría muchísimo tiempo en comprenderlo.

—¿Qué esperanzas tienen ahora de que su ideal andaluz se cumpla?

—Yo creo que sí se cumplirá, ¿no? Los andaluces tenemos que comprender que como no luchemos nosotros por nuestra tierra, nadie lo va a hacer. Tenemos que querer a Andalucía sobre los propios partidos de cada uno.

## El día que llegó Crespo

A cualquier visitante le sorprenderá al entrar en el santuario del andalucismo encontrarse con el escudo de Andalucía, que colocara sobre la puerta el propio Blas Infante. La familia regresó a la casa de Coria en 1943, tras hacer efectivo el pago de una multa de dos mil pesetas. Ni durante la guerra, ni durante el tiempo que duró la dictadura, el fascismo no se percató de la existencia del escudo. "Eso sí que es una cosa rara que se haya conservado —comentan las hermanas Infante—. Cuando vino José María Osuna, dijo: '¿Cómo es posible que en cuarenta años...?'. Pues mira, como son tan incultos, no entenderían ni lo que dice el escudo".

"Si venían a registrar la casa —continúa Luisa—, porque decían que se veían luces haciendo señales a los aviones rojos. Después pusieron en la azotea una mirita con guardias para ver si venían los aviones rojos...".

Y sobre los momentos más trágicos de la familia, Luisa recuerda:

"Todos nosotros estábamos aquí. Era el día 2. Las once de la mañana del día 2 de agosto de 1936. Y vi a un hombre vestido de Falange, que era Crespo, con el pelo cano, alto, entrando por esta puerta. Y, cosas de los chiquillos, me fui por la otra parte de la terraza y vi a otros hombre jóvenes, también vestidos de Falange... Yo no había visto a nadie vestido así, porque ni en Coria ni en Puebla se había visto la Falange. Di la vuelta a la casa para ir a la del guarda a preguntarle quién era esa gente. Porque había un alboroto... Cuando oigo a mi padre decir: 'Adiós, Anita; adiós, Salvador'. Y desde dentro de la casa lo vi yo doblar el camino hacia abajo. Yo tenía ocho años; María, seis; Blas, cinco, y Alegria, diez meses".

"A Crespo y a los otros dos los traje aquí un municipal de Coria. Mi madre estaba en la cocina, ajustando la cuenta de la compra, cuando tocaron la campana y entró Crespo por aquí y entonces... Mi padre estaba acostado, porque como hacía esos días tan largos y él se quedaba toda la noche leyendo o escribiendo, ella no lo despertaba.

"Mi hermano Blas y el padre de la chiquilla que está ahora con nosotros estaban sentados en el poyete. Crespo los hizo entrar. María lloró a Anita cuando vio que se llevaban a mi padre. 'Cállate, hija. Yo vuelvo, en seguida. Ya vuelvo, hija', le dijo mi padre. Y después, mi madre riñó a María porque había llorado. Porque ella quería que fuéramos fuertes. Mi madre era una mujer muy va-



## LOS EXTEMPORANEOS

**L**OS que estiman que el movimiento estudiantil es el equivalente de un mayo francés suelen añadir un cálculo matemático: son los diez o doce años de retraso que llevamos con Europa. Es una opinión respetable. Si se sigue, calcularemos que pronto vendrá la caída de De Gaulle y el ascenso de Pompidou, para llegar después a Giscard. Pero a Giscard ya hemos llegado, y es Suárez. Los tiempos son confusos en España, y el contemporáneo no sabe bien en qué época vive. Tampoco hay ninguna seguridad de que el camino vaya hacia adelante o al revés. Bien podría ser que, pasando la película histórica al contrario, hayamos alcanzado el mayo francés y sigamos hacia atrás. No hay nada que abone el optimismo de que aquí se progresa: bien puede ser que se regrese y nos encontremos cualquier día con la OAS.

Si se continúa por la vía del pesimismo se puede también creer que España no va con diez o doce años de retraso respecto a Francia, o a Europa, sino con un considerable adelanto. Podría ocurrir que lo que está pasando aquí es un modelo de lo que va a pasar con el mundo occidental. Es una teoría franquista que se emitió muchas veces durante su tiempo: la de que España se adelanta políticamente a Occidente. Entonces daba risa; ahora, viendo un poco Europa, es como para empezar a preocuparse.

Hay otra manera más sencilla de considerar las cosas, y es en sí mismas y en su concepto. Pero la sencillez es, como su propio nombre indica, sencilla; incluso demasiado sencilla, y el contemporáneo ama complicar las cosas, y sobre todo entregarse a una investigación de paternidades. Sería interesante saber que lo que les pasa a los estudiantes españoles de hoy es que los centros de enseñanza, de arriba a abajo, no funcionan, y que el estatuto de centros va a hacer que funcionen peor, y que funcionen para menos y que sean más caros. Y que no encuentran donde injertarse en la sociedad española; o que la sociedad española no sabe qué hacer con ellos. Pero pensar así no corresponde a los esquemas preestablecidos, a los consensos grandes o pequeños, a los programas previstos y a la minuciosa organización del caos a la que estamos asistiendo.

Pensar en contemporáneo es bastante difícil. Es, sobre todo, desagradable. Hay que pensar siempre como si uno estuviera en una época y los demás en otra; eso permite aplicar las soluciones o esperar las salidas que se producen en otros tiempos. Incluso los más avisados quieren aplicarlas. El único problema es que no sirven. Pero muchas veces eso no importa: en un país de teóricos, lo que importa es hallar una solución teórica, una hipótesis afirmada y asegurada. Si no sirve, como no ha de servir, para resolver el problema, la culpa se le echará al problema, a las víctimas del problema. Se les querrá desplazar de su actualidad; serán ellos los extemporáneos. ■

POZUELO

Los  
Contem-  
porá-  
neos

## ANDALUCÍA

liente. A Alegría la quitó de en medio para que no sufriera mi padre. Y no la vio. Yo estaba en la otra parte de la casa. Y me estaba preguntando qué era eso, que por qué estaba aquí toda esa gente".

### "Era el día de mi santo"

María de los Angeles, seis años entonces, tiene grabado el recuerdo de cuando su padre "salía por la cancelita aquella... Cuando se volvió y estuvo hablando con aquellos hombres, a los que les dijo: 'Es la primera vez en mi vida que soy corregido y detenido'. Mira, algo que no me ha quitado de la mente, que recuerdo mucho, son los gorros de Falange, que tenían una borla y se movía, ¿sabes? Parece que estoy viendo el gorro del sargento Crespo. ¡Cómo se me quedó grabado aquello!".

"Me acuerdo de la llegada de aquellos hombres y de mi asombro. Porque era el día de mi santo. Momentos antes yo había estado hablando con mi padre, que estaba acostado. Me dijo que cogiera los dulces, que cogiera el análisis...".

"Algo que yo he pensado mucho es en la profesionalidad de mi padre, que hasta cuando se lo llevaban y que ya sabía él para lo que era, de lo primero que se acordó fue de advertirle a los que lo detuvieron, que con sus papeles hicieran lo que quisieran, pero que pedía el máximo respeto para el protocolo de la Notaría. Un notario del Colegio de Sevilla me decía el otro día que era un orgullo para ellos el que mi padre se hubiera acordado de la profesión en aquellas circunstancias. Pero, mira, de todo, de todo, lo que tengo grabado es el gorro del sargento Crespo".

—A pesar de todo —dice Luisa—, Crespo no se portó todo lo mal... Porque le dijo a mi madre: "Señora, usted es sobrina de don Pedro Parías, ¿no?".

—Que era el gobernador de Sevilla.

—Sí. Y entonces, Crespo le aconsejó a mi madre: "Mire usted, yo voy a hacer tiempo para que llegue usted a Sevilla antes que yo". Por eso digo que Crespo no se portó... Y mi padre le contestó: "Mi mujer no tiene que ir a ver a nadie". "Señora, usted vaya —le insistió Crespo— a ver a su tío, que yo sé la gravedad de las órdenes que tengo que cumplir". Porque la orden era que lo matara en la carretera, que le aplicara la Ley de Fugas. Esa era la orden que Crespo traía. Mi madre pidió a Coria un taxi por teléfono. Y efectivamente, Crespo fue deteniendo el coche y dio tiempo a que mi madre llegara antes que él. O sea, que dentro de... Después, al cabo de muchos

años, mi madre lo vio un día antes de morir, en la calle del Vidrio. Le dijo al dueño del establecimiento. "Ese que está ahí es Crespo, ¿no?". "Sí, señora". "Pues dígame usted que soy la viuda de Blas Infante. Que salga". Y Crespo dijo que no salga. ¡Cómo estaría el hombre!

### En todos los sitios hay barrancos

"Mi madre fue todos los días a llevarle la comida al cine Jáuregui. Pero no consiguió verle. Leal Calderí estuvo con mi padre y de él se despidió. El pobre Leal se quedó de recuerdo con la almohada de mi padre. Cuando murió Leal, en el velatorio, la familia nos dijo: "Pepe conservaba siempre como una reliquia la almohada". A mi madre le dieron la colchoneta. Antes, él le había mandado el reloj, la pluma y la sortija. Cuando le entregaron la colchoneta fue para mi madre un mazazo. El mismo día que se llevaron a mi padre, mataron a un hombre por esos barrancos, y tenía levantarse no fuera él. Era un pobre hombre de La Puebla, el primero que mataron en el barranco.

—En todos los sitios hay barrancos...

—Como el de Viznar... Mi madre estaba aferrada a que no lo habían matado, porque decía que nadie lo había visto. Unos les decían que lo habían matado en un sitio; otros, que en otro; hasta que le dijeron lo del kilómetro cuatro de la carretera de Carmona.

Madrugada del 10 al 11 de agosto de 1936. Ni las balas asesinas le impedirán gritar dos veces en el kilómetro 4 de la carretera Sevilla-Carmona: "¡Viva Andalucía libre!". He bajado de la colina al río, a cruzar el Guadalquivir en la barca de los campesinos. De este lugar, recuerda María de los Angeles: "Un día, Curro, que se llamaba mi marido, vino a contarme lo que le había pasado con mi hijo Alejandro y un viejo trabajador que encontraron en la barca: 'Niño, ¿tú eres nieto de don Blas?', le preguntó al chiquillo. 'Pues cuando seas mayor, hijo, con que tengas una miaja del estilo que él tenía, te sobraré'. Corre manso el Guadalquivir por la noche de Coria.

Enero de 1933: Seisdedos, Casa Viejas. Agosto de 1936: Blas Infante, García Lorca... Kilómetro 4, carretera Sevilla-Carmona, Viznar... Agosto de 1976: "Pan, T...". Almería, la pintada reprimida por otra bala. Francisco Javier Verdejo. Cuatro de diciembre de 1977. Día de Andalucía en Málaga: el turno de José Manuel García Caparrós. Cuánta sangre en este camino... Hasta que el rosal de Seisdedos vuelva a florecer con rosas blancas. ■ A. R. E. [Fotos del autor.]